

EN TORNO AL PROBLEMA DE LA DEFINICIÓN DE MESOAMERICA

JAIME LITVAK KING

El problema de definir a Mesoamérica, como a cualquiera otra área donde se ha desarrollado la actividad humana, puede ser resumido en la formación de conceptos congruentes que, limitando una serie de localizaciones geográficas, sirven de referencia a la presencia de determinadas características culturales y resultan en un modelo que describe situaciones en un momento, o en varios, de su secuencia.

La utilidad de dicha descripción es, en primer lugar, la caracterización de los lugares donde ocurre el fenómeno cultural para entenderlo dentro de un marco geográfico más fácil de comprender y, en segundo, establecer parámetros que relacionen el marco así logrado con el fenómeno mismo y, al observar las co-ocurrencias entre fenómenos naturales y humanos, establecer relaciones que puedan considerarse como de causa-efecto.

Las definiciones de región, en arqueología, han sido desgraciadamente poco atendidas. Por una parte el marco ecológico, la complejidad de sus factores y la clara posibilidad de no estar correctamente referido a las épocas de la secuencia y, por otro, la innegable independencia que de él tienen muchos de los fenómenos humanos han alejado de esta labor a los investigadores.

Generalmente se reconoce la necesidad de efectuar dicha tarea, pero los resultados obtenidos han sido comúnmente más bien meritorios intentos que éxitos brillantes. El presente trabajo intenta ser otro más de esa serie, incluyendo algunos elementos previamente poco tomados en cuenta que pueden ser útiles para redondear mejor la definición.

Los modelos logrados pueden ser estáticos, en cuanto a que se limitan a retratar un punto de la secuencia, sin indicar cambios, como es el caso de un mapa mostrando la distribución de materiales de una fase, o pueden tomar en cuenta varios mo-

mentos en el tiempo y permitir así observar situaciones previas y posteriores a un cambio dado. En ambos casos las conclusiones derivadas de ellos no se reducen a marcar los límites de una dispersión dada sino que incluyen otras, que pueden ser derivadas de circunstancias del asentamiento, como densidad, distancia media, factores ecológicos determinantes, etc., con mayor penetración. Es obvio el uso distinto de diferentes tipos para diversos objetivos. En muchos casos se trata de modelos descriptivos, no analíticos en sí, que pueden considerarse como una sistematización de la información primaria y no como un producto terminado con poder de conclusión.

Algunos autores han trascendido esta etapa de la investigación llegando a formular modelos más penetrantes que les han permitido obtener una definición general. Posiblemente la más importante, antes de la estandarización del término Mesoamérica, haya sido la de Kroeber (1963), quien, en 1939 después de estudiar una serie de características de las culturas indígenas de Norteamérica, llegó a establecer un valor, que llamó de intensidad cultural, que, al aplicarse al mapa de regiones naturales, da para el México central y sur, una serie de subdivisiones que, en su conjunto, se asemejan a Mesoamérica, como es definida comúnmente. Es interesante observar que el occidente de México no entra, con las demás regiones, en esta área de alta intensidad.

La definición normal para el área de trabajo de la arqueología en el México central y sur y norte de Centroamérica es la dada desde 1943 por Kirchhoff (1967), en la que Mesoamérica, en el momento del contacto con las culturas europeas, queda limitada a las localizaciones geográficas en las que, según datos provenientes más bien de fuentes etnográficas, aparecen algunos rasgos que, según el autor citado, son diagnósticos.

Se deben apuntar aquí las restricciones que el mismo Kirchhoff impuso a su definición: en primer lugar su característica temporal, al limitar la superárea al momento del contacto; en segundo lugar su temática, tanto por basarla en datos que no vienen de la disciplina para la que es más importante la definición, como al incluir en ella elementos que no son producto primario de obtención directa sino que resultan de conclusiones de un observador que, a *fortiori*, es subjetivo.

La definición de Kirchhoff, justo es reconocerlo, procura ir,

cuando menos tentativamente, más allá de la formación de un cuadro de observaciones en un momento dado. Su idea, basada en otra anterior esbozada verbalmente por Jiménez Moreno, incluye un elemento de historicidad que presenta como una relación común entre los habitantes de Mesoamérica a través del tiempo, y habla de que se vieron unidos por "una historia común que los enfrentó, como un conjunto, a otras tribus del continente". Sin embargo, su tratamiento no aclara, ni creo fuera esa su intención, asuntos tan importantes para su uso por el arqueólogo como los problemas de su formación, sus cambios en espacio y límites a través de la secuencia, la presencia de lagunas en el interior de su ámbito y las perspectivas de su funcionamiento para momentos fuera del de su definición y, muy principalmente en una definición básicamente etnológica, si esa región puede definirse como una entidad después del momento de la conquista.

Es interesante observar que la definición de Kirchoff, cuando menos a través de la referencia citada en el párrafo anterior, constituye un intento que puede considerarse antecedente de otras, que incluyen el concepto de co-tradición, puesto que fue publicada originalmente en 1943. También es de notarse que su concepto está determinado por la preocupación presente en todos sus trabajos por lograr caracterizaciones muy sistematizadas. En ese sentido debe verse su cuidado en simbolizar ausencia, presencia y diferentes grados convencionales de frecuencia como una característica suya.

El modelo producido por Kirchoff, de hecho una instantánea esquemática que refleja un momento en la secuencia mesoamericana, constituye en general un buen ejemplo de modelo descriptivo estático. El autor citado, sin duda, esperaba que otros investigadores recogieran su reto y desarrollaran más el producto, lo analizaran y llegaran a conclusiones más penetrantes. Esto, casi sin excepción, no llegó a ocurrir.

Otro elemento importante en el postulado de Kirchoff es la importancia que da al desarrollo tecnológico. Excluyendo todas las demás características, su Mesoamérica puede considerarse como definida por un estadio de cultivadores superiores y, como tal, diferente de la caracterización de otras áreas en el continente, especialmente al norte de ella.

La preocupación por la tecnología y sus resultados, como los elementos principales en la definición, parece estar presente

en la labor de otros investigadores que han abordado el tema, entre los cuales se distingue Willey (1958, 1960, 1960 *a* y 1962) que, haciendo un examen que se antoja *childeano*, anota como elementos importantes para la definición el cambio en la superárea de una cultura de agricultores, viviendo en aldeas, a otra de habitantes de ciudades y así forma el periodo urbano que, equivaliendo al clásico y al postclásico juntos, define el punto en que Mesoamérica llega a su pleno desarrollo. Para dicho autor la transición entre esos periodos no llega más allá que a la de una concurrencia importante de un fenómeno que no es de ninguna manera primordial, desde el punto de la historia de la cultura, a nivel general.

El modelo estático como descriptor de una situación dada ha sido usado como componente de modelos de otro tipo, re-tratando situaciones distintas que constituyen, en su conjunto, aparatos más dinámicos con un poder de análisis mayor, por su tipo de penetración. Estos han sido proyectados generalmente para problemas menores en envergadura, que se limitan a tratar aspectos locales o regionales, como los producidos por Millon (1966, 1974) para Teotihuacan.

Un modelo de este orden, para toda la superárea, es el que se puede derivar, por ejemplo, de los mapas de Porter Weaver (1972, núms. 2, 3 y 4), para el preclásico, el clásico y el post-clásico. Dicha autora, muy influenciada por Kirchhoff y de acuerdo con él en todos los puntos de su discusión llega (p. 6) a una definición que trasciende la mera descripción: habla de "una región geográfica donde se identifica un patrón específico de civilización". En este sentido la extracción de datos particulares para dejar sólo como componente la información generalizada, como la propone Clarke (1968: 445-9) para modelos canónicos, se ha llevado a cabo y aunque el último paso, que lleva a resultantes de orden generalizante, sintetizador o predictivo, no se haya completado plenamente, se han cumplido las condiciones mínimas, especialmente la búsqueda y obtención de un patrón derivado de la información, aunque sea bastante vago.

Otro modelo, si bien no expuesto en forma tan explícitamente geográfica como el anterior, es el que proponen primeramente Sanders y Price (1968) y luego Sanders y Marino (1970: 51-66) que extienden a todo el continente (pp. 12-24). Para los autores citados, a pesar de su anterior trayectoria

ecologista, el componente principal no es la co-ocurrencia de fenómenos ambientales o relacionados con la adaptación de una cultura a ellos sino, específicamente, de una serie de formas de organización social para las cuales la evidencia arqueológica es, en lo principal, el reflejo en la cultura material que permite llegar a inferirlas. En este modelo el determinante es el paso de las sociedades prehispánicas por un cierto número de etapas hasta llegar a las superiores, lo que puede determinar la definición.

El modelo de Sanders *et al.* puede ser discutido en distintos aspectos y, siendo en los últimos años uno de los trabajos más importantes en el área no es este, desde luego, el lugar para hacerlo *in extenso*. Baste anotar alguna de sus características y posibilidades como que el producto, aunque derivado de información arqueológica, resulta en un ajuste de los datos a un marco teórico no extraído de ella sino, como lo afirman los propios autores, de las teorías, fundamentalmente etnológicas, de Sahlins, Service y White (Sanders y Price, 1968: xiv). El componente arqueológico parece derivarse de Childe a través de Pedro Armillas. En este sentido las observaciones sobre tales rasgos en el modelo de Kirchhoff son también aplicables, quizá con el agregado ya mencionado en otra ocasión (Litvak King, 1973: 319), de que no se trata de un producto de inducción, una de las virtudes de la definición de Kirchhoff, sino fundamentalmente deductivo, con el peligro implícito de la posibilidad de deformar los hechos para hacerlos caber en la teoría.

También es interesante, en ese modelo, especular sobre la posibilidad de proyectarlo a un contexto primariamente ecológico, congruente con la actitud de sus autores en trabajos anteriores. Así supuesto, el aparato teórico no es solamente una forma de adaptación de la cultura material al medio ambiente, según el original de Childe, ni aun de toda la cultura, según sería lógico en arqueólogos educados como antropólogos según la tradición norteamericana, sino una forma especializada de un aspecto específico de la cultura, la sociedad, de responder a esas condiciones y, así, el paso de etapas de tribu a señoríos (*Chiefdoms*) y luego a Estados, sería la consecuencia de su interacción que va acumulando, después de cada instante de su contacto, una resultante ligeramente distinta a la situación inmediata anterior, y que a su vez requiere de una

respuesta distinta en cada momento subsecuente, siempre en una sola línea evolutiva. Esta formulación, plenamente congruente con el Childeísmo de sus autores, estaría explicando el proceso de formación constante de lo que su autor original llamó la carga social de una cultura, así como la acumulación del cambio cuantitativo hasta llegar al cualitativo.

Otro modelo de gran penetración para explicar una región sería la definición dada por Bennett (1948), de la zona andina como una área de co-tradición, vista como si hubiese tenido una interrelación tan estrecha en sus regiones componentes que el proceso de desarrollo cultural en una, sólo pudiera ser entendida en función de lo que ocurre en las demás. Este modelo, claramente del grado más alto propuesto por Clarke es, cuando menos en la arqueología americana, la expresión más completa de una definición para grandes áreas. Independientemente de su funcionalidad para el área original, es ante todo una arma teórica de gran potencia. Las implicaciones del concepto de co-tradición, sobre todo en cuanto a la co-ocurrencia constante de procesos en una área geográfica considerable y la implicación de sus componentes, da una definición muy completa para la región que trata y una forma establecida, estandarizada, que puede ser aprovechada, como materia prima o como un modelo de comparación, en otras.

El concepto de co-tradición no es aplicable, cuando menos en su forma original, a Mesoamérica; hay diferencias que hacen de esta área un objeto distinto de la andina. La falta de comunicación entre algunas de sus zonas componentes; la marginación, constantemente cambiante, de algunas regiones; la diversidad de los puntos que actúan como focales y la relativamente poca permanencia de ellos en ese papel; así como el complicado sistema de comercio y de producción para el mercado contrastan en ella notablemente con las características suramericanas. Especialmente la última parece ser determinante. El sistema andino, de prolongación de relaciones intraétnicas a distintos pisos ecológicos, parece no sólo no tener un paralelo en Mesoamérica sino ser definitivamente diferente a la economía de distribución que parece caracterizar al México prehispánico. Las implicaciones de divergencia en sus formas de organización social, gobierno y modo de producción son fácilmente discernibles y se prueban en arqueología por la observación de las distribuciones de rasgos y materiales y sus orígenes.

Es claro que el modo mesoamericano es distinto del andino y que la definición de Bennett, aunque posiblemente aplicable a nivel regional aquí, requiere de una permanencia temporal y una integración de sus componentes espaciales que además de no poder considerarse como características de México y norte de Centroamérica como un todo, difieren marcadamente de lo que se sabe de éstos.

Un modelo, no explícito pero no por eso menos importante para la explicación de la superárea, es el que a través del tiempo y expuesto parcialmente en distintas ocasiones (sobre todo en clase, conferencias y comunicaciones verbales) ha dado Jiménez Moreno, autor que, como ya se dijo, debe considerarse importante en la formación de la idea original que cristalizó en la definición de Kirchhoff. Aún más, hay que tomar en cuenta su participación, junto con la muy importante de Mendizábal, en la formación de los mapas lingüísticos utilizados desde entonces para la delimitación de los grupos tribales componentes de los modelos y, en general de las áreas culturales dentro de Mesoamérica.

El modelo de Jiménez Moreno reúne postulados que, agrupados, forman una explicación teórica de considerable fuerza y cuyas posibilidades deben tomarse en cuenta como una estructura muy sólidamente apoyada y brillantemente razonada; explica a Mesoamérica como una relación entre dos ambientes materiales generalizados, la costa y el altiplano (1956: 5-6) cuyos productos culturales están constantemente en un contacto que es la mayor parte de las veces conflictivo. La síntesis de esta relación dialéctica no es unívoca sino que se expresa en una nueva relación del mismo tipo, pero ya como una función a distinto nivel, esta vez una resultante socio-cultural; la existente entre las fuerzas centrífugas, tendientes a concentrar en un punto la iniciativa y el poder político que tiene por consecuencia, y las centrípetas, que expresan la dirección de manifestaciones regionales, separatistas y divergentes. La interacción constante de estas dos tendencias explica los cambios en el proceso cultural en Mesoamérica en una forma extraordinariamente dinámica que incluye un mecanismo mediante el cual, al estar actuando dos conjuntos de pares, la situación tiende a ser progresivamente más complicada puesto que si bien en cada momento el marco Costa-Altiplano permanece constante, la relación de fuerzas que juegan entre sus componentes es

siempre alterada y, tanto por esto como por el efecto de cambio continuo que resulta de la inclusión del factor de situación-producto como punto de partida para la siguiente etapa del proceso, que es distinto en cada momento, las inercias hacia el centro y hacia la periferia son siempre diferentes no sólo en su magnitud sino también en los puntos gravitacionales que la promueven y, sobre todo, en su localización. Es más, considerando varias posibilidades de cambio de estado, el modelo puede operar en condiciones que abarcan desde momentos en que cualquiera de sus extremos carece de fuerza hasta otros en que, operando todos sus mecanismos, el juego se hace con gran finura a través de diferencias en intensidad.

El modelo de Jiménez Moreno tiene otras características interesantes; una de ellas es la integración armónica de datos derivados de arqueología, etnografía, lingüística y etnohistoria como fuentes factuales para su elaboración aunque, para el arqueólogo, este rasgo es hasta cierto punto criticable por su aceptación, *prima facie*, de los datos que no provienen del registro de la cultura material como de igual calidad que el arqueológico.

También es interesante una de las conclusiones que se derivan del funcionamiento del mecanismo: Una consecuencia inescapable del sistema dado es que el mismo desarrolla estados de equilibrio; en estas condiciones los cambios profundos no pueden venir del interior de la región que abarca; por lo tanto son los impulsos procedentes de regiones marginales, en especial los de la frontera norte, los que afectan el área, en su totalidad, de manera revolucionaria. Jiménez Moreno asigna a este tipo, por ejemplo, los producidos por la conquista chichimeca, con la caída del Clásico, y proyectando su razonamiento fuera de la época prehispánica hasta tiempos modernos, otro rasgo importante, lo lleva hasta la independencia y la Revolución.

El modelo más completo logrado para Mesoamérica no abarca, desgraciadamente, más que su periodo de formación. Este caso es un aparato derivado fundamentalmente de un modelo ecológico que el autor, Flannery (1968), reconoce como una adaptación de los de Vayda y Rappaport. Flannery, refutando la idea de que Mesoamérica se forma como la adaptación a un solo ambiente dado, como la resultante de una serie de experimentos con plantas que luego serán cultivadas o como

especializaciones por adaptación microambiental propone, en su lugar, un complejo sistema compuesto de múltiples subsistemas, que se influyeron mutuamente, que incluye mecanismos de retroalimentación negativa, como artificios de control, así como positiva, que promueven la ampliación y diversificación de los componentes.

El modelo de Flannery, con independencia de si se está o no de acuerdo con su fuerte influencia ambientalista, parece ofrecer una solución avanzada al problema de definición, cuando menos como método de análisis. No sólo contiene elementos de descripción, al tratar cada subsistema y sus consecuencias, sino además, una forma de integrarlos para examinar procesos y, en este sentido, se convierte en un potente instrumento de estudio. Es muy posible, sin embargo, que no pueda usarse con confianza más allá de su proposición original, en donde se utiliza con magníficos resultados para analizar una situación donde el avance tecnológico no fue demasiado grande y donde el problema de enfrentamiento al medio ambiente sobrepasa a la importancia de las relaciones con otros grupos humanos como factor principal.

Creo haber hecho notar la tendencia, a través de esta reseña, hacia una mayor sofisticación en los estudios mesoamericanos, hacia el uso de planteamientos no totalmente concretos, que, haciendo caso del llamado de Kluckhohn desde 1940 (1973), repetido periódicamente por muchos autores que, a juzgar por su carencia de citas en ese sentido parecen redescubrir, independientemente, la necesidad de teoría en la arqueología, ha resultado en una aproximación cada vez mayor a los postulados teóricos que son la base de la discusión científica. Creo que el modelo propuesto a continuación reúne elementos dignos de tomarse en cuenta, cuando menos como partes de una definición general para el área.

Se puede partir de una serie de bases. Aceptando los principios metodológicos de los investigadores que han visto el problema, el modelo que se propone debe tomar en cuenta, con Flannery y Jiménez Moreno, la estrecha relación entre la superárea y la diversidad ambiental. Debe también extrapolar información no particularizante y, consecuentemente, evitar una definición como la de Kirchhoff, con límites que impidan su proyección en el tiempo, aunque aceptando con él que la inclusión de rasgos específicos lo prueba o rechaza.

Un requisito de tal modelo es que resulte en un producto dinámico; que dada una definición, ésta no sólo sea aplicable a todas las etapas de la secuencia, como por ejemplo lo hace Willey, sino que las caracterice, explique sus procesos en el tiempo y apunte sus orígenes y proyección. Probablemente su característica más importante es que el resultado sea del último grado de Clarke, es decir, una definición canónica que, al mismo tiempo que flexible, determine la inclusión o exclusión de los componentes en el producto.

El enunciado final del modelo que se propone debe además reunir elementos que lo hagan diferente, en cuanto a que representa situaciones distintas a las producidas para otras áreas y que, por lo tanto, puede usarse como comparativo con ellas a nivel de conclusiones procesales. Finalmente deben tomar en cuenta datos de varios tipos, sobre todo ecológicos, arqueológicos, etnográficos y de fuentes históricas, colocándolos en su lugar apropiado y dándoles la prioridad que requieren para una aplicación fundamentalmente arqueológica.

El proceso mesoamericano, derivado de la interacción pluriambiental requiere, *malgré* Flannery, una explicación que integre mejor las circunstancias de su origen. Aun suponiendo la validez general de su modelo, debe, para cualquier etapa previa al preclásico, suponerse que cada grupo está especialmente adaptado a un cierto ambiente o a un conjunto de microambientes, aunque sólo sea por su mejor aprovechamiento. El progreso tecnológico resultante de las consecuencias de su mayor experiencia en la explotación y las formas de adaptación social, hasta en sistemas de relación humana, que le permiten operar eficientemente en cada contexto, se combinan en condiciones que son importantes para manejar el funcionamiento del proceso.

La primera de tales condiciones es el hecho de que cualquier grupo, habitando en cualquiera de las regiones que luego serán Mesoamérica, tiene vecinos. Cada uno de esos grupos, al aprovechar con más eficiencia su ambiente, tiende a maximizar una parte de él y desarrolla, contrario senso, aspectos que no cubre tan bien y que, por su posición con respecto a los recursos naturales, pueden ser cubiertos, cuando menos parcialmente, en forma mejor por sus vecinos. Este es el aspecto que apunta a la necesidad de contacto.

Cualquier grupo que habita un ambiente, o una serie de am-

bientes dados, por un tiempo relativamente prolongado, llega a adaptarse a ellos y a hacer su explotación más completa y productiva. Esto no está, desde luego, en conflicto con el postulado de Flannery y es congruente con la conclusión de Childe, en la que esta eficiencia resulta en la obtención de más productos de su ambiente que los que puede consumir y, por consecuencia, en la acumulación de un excedente que el grupo debe hacer desaparecer, ya sea por acumulación de riqueza en manos de parte de la comunidad, por mecanismos sociales de control como restricciones a la producción o modos específicos de distribución, o por intercambio con otros grupos.

Las dos circunstancias anteriores son las que permiten y quizá determinan un sistema de intercambio. Este, en Mesoamérica, donde los grupos se asientan en regiones generalmente discretas y no (como en el caso de la zona andina) a través de distintos pisos ecológicos, resulta en un intercambio interétnico, contrastando con el sistema intraétnico que posiblemente originare la co-tradición suramericana.

Al hablar de un sistema de intercambio hay que aclarar que, a pesar de que se haya estereotipado tal concepto, no se debe entender de ninguna manera como limitado al comercio, aunque no lo excluye. Puede ser de este tipo, en cualquiera de sus aspectos desde el trueque hasta los más complejos modos de mercadeo y moneda, o bélico, de saqueo, etc., o varios de ellos al mismo tiempo, sin excluir complicadas formas de ritualización en la religión y organización social que actúan como manifestaciones de la adaptación de la sociedad a diversas situaciones.

El efecto del intercambio es primariamente multiplicador; un grupo maneja la producción y es implicado en los procesos culturales de un ambiente dado o de un conjunto de microambientes. Al establecerse sistemas de contacto, la comunidad se vuelve poseedora de un ámbito que es de hecho la combinación de todos los que participan en su relación y los que, a su vez, tienen contacto con el resto.

En ese sentido debe verse el establecimiento de un intercambio dado con otro grupo como la formación de un sistema formado por el agregado de los de ambos grupos y, consecuentemente, el aprovechamiento de sus ambientes. Las consecuencias culturales son la unión —en el sentido *booleano*— de sus acervos, la aculturación.

Otro efecto del intercambio es un proceso selectivo. Es clara la determinación de rutas de intercambio por factores geográficos, pero debe insistirse en que también otros aspectos restringen los canales del contacto, costumbre, inercia, compatibilidad de distintos aspectos en la cultura, convierten el campo de intercambio de libre en selectivo y, si se agregan los tamaños, fuerzas y potencialidades, distintos en magnitud, muchas veces se convierte en canalizado, llegándose a formar sistemas en los que cada par de sus asentamientos componentes actúan a niveles que varían desde la equivalencia hasta la satelización de uno de ellos.

El sistema de intercambio así postulado, al extenderse a regiones mayores, adquiere características congruentes con su tamaño. Factores antes no existentes o cuando menos débiles (como distancia, costeabilidad de la ruta, posibilidad de mantenerla por medio de centros intermedios, problemas de localización central en regiones y en conjunto de ellas, penetración de las redes *löschianas* resultantes de los primeros niveles de integración extraregional, etc.) adquieren una importancia que antes solamente podía tener la relación comunidad —medio ambiente y a un nivel muy elemental, la de grupo— grupo.

Al llegar a una magnitud determinada, cuando abarca más de dos regiones mayores, ecológicamente definidas, la formación de un sistema como el propuesto resulta en una red de contacto mutuo que abarca una gran extensión geográfica. Esto supone, como parte del proceso, dos mecanismos que operan simultáneamente: la especialización y la jerarquización de sus asentamientos componentes. De este modo las localizaciones determinan cuales puntos actuarán como focos generales, centros aceleradores regionales, zonas locales de distribución, focos menores, receptores en rutas principales, sitios de participación canalizada a través de otros, etc., dándoles a cada uno una posición específica en una escala de jerarquía. La especialización primaria de los componentes deviene en otra referida a su papel como parte del sistema y, como conjunto, a la formación de redes con distintos intervalos entre sus nodos para diversos tipos de relación, que se imbrican en sistemas *christallerianos* como los que han sido cuantificados en otras disciplinas.

Los componentes, a través de esos cambios participan de un proceso de adaptación que, teóricamente, debiera llevarlos a estados de equilibrio, que se manifiestan por su posición en el sistema, su jerarquía en la escala y, llevando esta relación a

sus representaciones reconocibles, la forma de los asentamientos, su grado de agrupamiento, su densidad y monumentalidad. La permanencia de una situación dada es, sin embargo, sumamente precaria, sobre todo por la poca sincronización que tienen entre sí los procesos de sus componentes. El resultado es de transformación constante, lo que supone cambios de estado en la red, y por consiguiente en sus elementos nodales, sus hilos constantes, sus proximidades y sus funciones de intensidad, manifestados como centros focales, rutas, zonas de distribución y aceleradores locales respectivamente y en general en la relación existente entre cada par de sus asentamientos.

De hecho el escenario hasta aquí propuesto debe considerarse como un modelo descriptivo, aunque contenga un marco teórico de examen procesal. Extrayendo la información generalizante contenida en él, puede definirse a Mesoamérica como sistema espacial de intercambio normal, donde cada región componente, además de su dinámica interior, tiene relaciones de ese tipo con todas las demás regiones que la conforman, que varían en el tiempo y que presentan entre sí estados de equilibrio siempre cambiantes. Esta definición, basada en la interacción entre zonas en un principio caracterizadas ecológicamente y luego como partes componentes de una red, difiere de la idea de co-tradición de Bennett en cuanto a que sus partes no tienen una acción intraétnica en un ámbito interregional, de la co-historicidad de Kirchhoff puesto que sus líneas propias de desarrollo en el tiempo pueden variar considerablemente y del juego de pares dialécticos de Jiménez Moreno en cuanto a que supone una relación de unidades, de número cambiante, siempre múltiples.

El postulado supone la presencia de varios mecanismos que actúan simultáneamente, aunque no sincrónicamente: uno, a nivel local, dado por factores derivados desde la psicología individual hasta la organización familiar, la etología del grupo, etc., incluyendo las modalidades típicas de la conducta en él. Otro, a nivel medio o regional, actúa desde factores que son fundamentalmente ecológicos en su origen primario y que han sido modificados por el desarrollo tecnológico y económico-político y está compuesto por los subconjuntos del sistema mayor y, finalmente, otro a nivel general, que supone la formación del proceso normal de intercambio interétnico e interregional que define la superárea. Las regiones que participan en ese

proceso normal forman parte de la superárea; las que no lo hacen no lo son.

Debe notarse que la participación se propone a nivel del subconjunto o sistema regional. Si se examinan las implicaciones de la definición de los componentes de nivel medio puede verse que el ingreso de ellos al conjunto general no es necesariamente función de la participación específica de cada uno de sus componentes sino que, por los mecanismos de especialización y jerarquización incluidos como característicos, cada elemento canaliza su participación en el sistema general en forma determinada por sus propias circunstancias resultando en casos que van desde una distribución de rasgos supra-regionales muy generalizada, en cuyo caso la región participante se encuentra muy integrada al supersistema, o limitada a algunos sitios que canalizan el contacto a través de otros asentamientos; cuando puede considerarse, en lo general, marginada, aunque no por eso deje de participar en el proceso. Es lógico suponer también que el funcionamiento del modelo no requiere de un continuo geográfico, sino que son perfectamente posibles las discontinuidades a nivel regional que pongan fuera de Mesoamérica a componentes contenidos dentro de sus límites absolutos así como que, por consecuencia de la acción de sus mecanismos de cambio, es concebible que la participación de sus sistemas parciales no sea necesariamente permanente, es decir que un participante en un momento de la secuencia, sea cual fuere su posición geográfica, puede salir del sistema en otra ocasión. En otras palabras, una región plenamente mesoamericana en una fase puede dejar de serlo en otra. Esta eventualidad debe considerarse solo como teóricamente posible puesto que, fuera de zonas fronterizas, donde las fluctuaciones en la extensión de la superárea lo hacen normal, el fenómeno no se observa.

También debe notarse que el esquema propuesto explica en forma distinta al de Sanders *et al.* los datos que ellos interpretan como diversos modos de organización social. Los autores citados consideran que los elementos visibles del asentamiento, especialmente la monumentalidad en un sitio y su relación con el centro ceremonial, son evidencia de modalidades que corresponden a etapas sucesivas en la evolución del factor sociedad y que pueden expresarse como un proceso lineal. Considero que, en primer lugar, la relación entre el elemento del asentamiento

y los modos de la sociedad no está suficientemente probado y, en segundo, que esa relación, de existir, no sería necesariamente lineal ni proyectada en la simplificada proporción igualitaria que presentan. El modelo que se propone aquí no puede llevar, con datos primarios, su interpretación hasta ese punto por considerar el paso necesario para llegar a proponer modos de sociedad un producto no del dato arqueológico sino de la utilización, sobre él, de modelos comparativos superpuestos (Litvak, 1973:94-5) que, usados en este momento solo agregarían incertidumbre a las conclusiones. Las constantes del asentamiento se interpretan pues, en su sentido aparente, primariamente como formas distintas de respuesta al ambiente y, a partir de un punto determinado en la evolución tecnológica y del sistema general de intercambio, como maneras de adaptación a diferentes estados de él. De ahí que, sin importar su proximidad o alejamiento en la escala evolutiva y dependiendo solo de los cambios en el sistema general o en el subconjunto a que pertenece, cada forma de asentamiento pueda *devenir* en cualquier otra. En otras palabras, el que una aldea nucleada se convierta rápidamente en una ciudad o el que una ciudad revierta a ser una entidad menor no significa necesariamente que haya pasado su organización social de una etapa a otra sino que el asentamiento ha variado para adaptarse a modificaciones en el sistema de intercambio y sus hilos.

Mesomérica, definida como se hizo antes, se constituye en un proceso que se refleja para el investigador, primariamente, en la distribución de materiales arqueológicos cuya procedencia original es en alguna de las regiones componentes y que se encuentran, como hallazgo normal, en las demás que conforman el conjunto. Lo anterior es colofón del sistema normal de intercambio y, sobre todo, un testigo de la presencia tangible de sus hilos por medio del transporte entre sus subsistemas. Es también lógico requerir que la primera prueba sea aportada por objetos palpables mas bien que por otros elementos, de significado más vago, como serían estilos difundidos u otros conceptos, aunque, en esta forma se pierda la parte de su definición proporcionada por disciplinas que no son la arqueología y sus técnicas auxiliares.

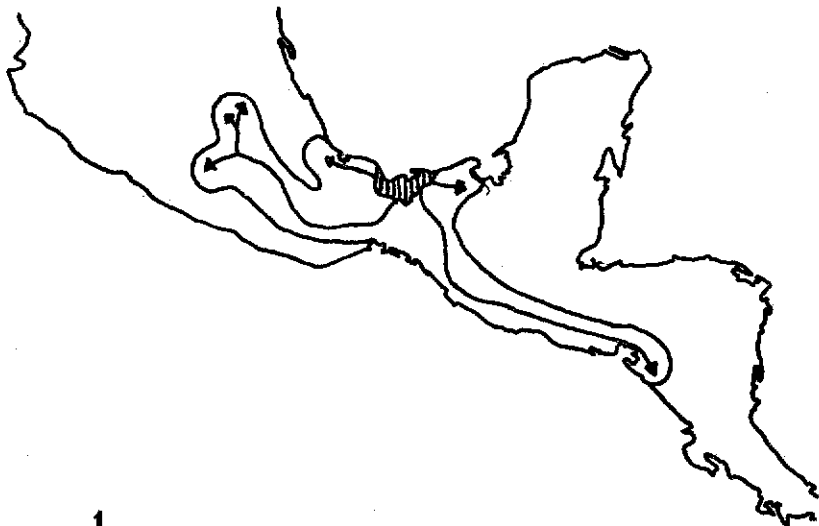
El modelo, traducido así a términos puramente arqueológicos, tiene la virtud de ser totalmente sujeto a prueba. Por una parte el desarrollo de técnicas de laboratorio derivadas de la física nuclear, como los exámenes de Mossbaur y por irradiación neu-

trónica por ejemplo, han podido eliminar muchos de los problemas que antes obscurecían la caracterización de las taxa y la ubicación de la procedencia de las piezas y resultan muy valiosas para fijar el lugar de fabricación, y el patrón de distribución de los tipos. Los avances en la precisión de métodos como los estudios por dosimetría TL o por hidratación de obsidiana, por otra, apuntan a la posibilidad próxima de fechar directamente artefactos mas bien que su asociación con otros elementos; finalmente el progreso en la computación y el uso de nuevos conceptos en estadística, como exámenes no paramétricos y *multidimensional scaling* por ejemplo, además de aclarar la definición de proximidad para fijar la taxa, hacen más fácil y comprensible el análisis del significado de la frecuencia del hallazgo y, de hecho, pueden llegar a establecer la proporción necesaria para considerar normal —un concepto que no es necesariamente de abundancia y que puede suponer también distribución— el encontrar piezas de otras regiones y lo que tiene que ver con factores como distancia, número de grupos intermedios, barreras naturales, etc.

Así pues, si Mesoamérica puede considerarse como un sistema espacial de intercambio normal caracterizado por el hallazgo *normal* en sus regiones componentes de objetos arqueológicos procedentes de las demás que la conforman y cuyas fronteras exteriores, que varían constantemente, están dadas por los límites de las regiones participantes extremas en cada fase de su secuencia, se puede pasar a describir, con estos lineamientos un escenario general de desarrollo para ella a través del tiempo.

El origen y primeros momentos de la existencia de la superárea debe verse, como ya dije antes, cuando más de un par de sus regiones, ecológicamente definidas antes de incluirse en el sistema, se imbrican. En ese sentido las fases más tempranas deben tomar en cuenta y establecer límites congruentes con materiales como los estudiados por Laporte (1974) y otros de amplia distribución como figurillas de importación, *white rimmed black*, etc. el resultado daría un mapa centrado en la llamada zona metropolitana Olmeca con extensiones, al norte y oeste, que incluyen hasta la parte central de Veracruz, el Istmo, el Valle de Oaxaca, la región baja de Puebla hasta el corredor Atlitxco-Izúcar-Cuatla, casi todo el Valle de Morelos, el norte de Guerrero, una buena parte de la cuenca de México y, en su extremo, el sur de Hidalgo y al sureste hacia partes de Tabasco,

la zona media y sur de Chiapas, la correspondiente de Guatemala y, por la cuenca del Pacífico, posiblemente pudiera extenderse hasta Costa Rica. El estado del sistema sería monofocal y habría que tomar en cuenta la aplicación de derivados de la teoría de localización central para hacer inferencias de mayor penetración (mapa 1).



Una etapa posterior, correspondiente al Preclásico Superior de la Cuenca de México, vería a la zona como reduciéndose en su parte sureste y sustituyendo algunos de sus elementos por otros, procedentes de nuevos centros que han surgido en lugar del primero. Dos, importantes, probablemente se localizaran en zonas de Chiapas y en algún punto de la Cuenca de México o en el centro de Morelos, quizás por efectos de un aumento hacia el norte de la extensión de la superárea, que abarcara partes del centro-norte y norte de Veracruz, el resto de la porción habitable por agricultores de Hidalgo y sobre todo por la inclusión de una gran región que se incorpora por primera vez al sistema, Occidente, que se imbrica con él tan al sur como en Morelos y Puebla-Tlaxcala. Otra expansión de la frontera supone el traslado al norte de la línea que la limita en la zona maya y que incluye en el Petén. El material que definiría dicha etapa no está tan bien caracterizado como sería deseable, pero seguramente incluye tipos como figurillas del Lerma medio,

Ticomán Red, material de Remojadas, tipos viajeros de Mamom, Cerámica gris Monte Albán II, etc. El cambio de la unifocalidad a, cuando menos, la trifocalidad del sistema probablemente signifique cambios en aspectos tales como su cohesión, la intensidad del flujo por sus canales, etc., que, por la escasez de datos para esa fase no pueden siquiera intentarse interpretar por ahora (mapa 2).

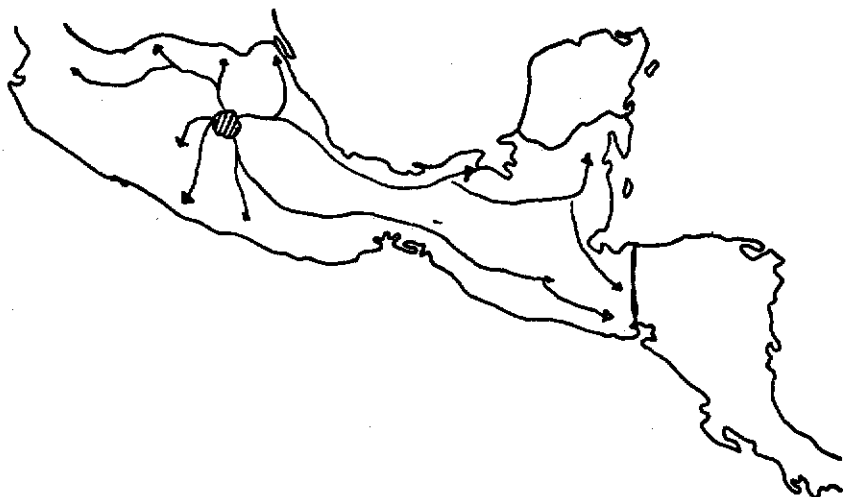


2

El siguiente estado de la red, el Clásico, es bastante claro, y arqueológicamente es el mejor estudiado. Una explicación de su proceso de formación y desaparición ha sido hecha en otra parte (Litvak King, 1970 y 1974); es el momento de la extensión máxima de la superárea y su identidad se prueba con la presencia de materiales como *Thin Orange*, monocromo bruñido y figurillas importadas de Teotihuacan fuera de la Cuenca de México, cerámicas zapotecas por ejemplo, en ella, así como objetos veracruzanos en Morelos y piezas del norte de Guerrero en todo el sistema. Un posible componente de importancia serían los jades mayas si se prueba su origen común. Su organización parece ser muy fuertemente monofocal, en Teotihuacan, y los grandes sitios regionales actuarían en ese caso como centros parciales y distribuidores locales (mapa 3).

Al disgregarse la red teotihuacana y cambiar el estado del sistema a las situaciones de poca integración supraregional se describen comunmente como la transición Clásico-Postclásico,

se pueden definir para caracterizarla pocos materiales de intercambio, distribuidos a relativamente poca distancia de su origen. El fenómeno parece significar un gran cambio. Algunos materiales que definen su extensión pueden ser el Coyotlatelco, el principio del Polícromo Tlahuica, los primeros Naranjas Finos y Plumbates y otros procedentes de regiones que no resienten el cambio tan profundamente, como son las figurillas de Tajín, la cerámica temprana Marrón sobre Crema del valle de Toluca, etc. y parecen reducir su extensión a límites menos amplios que en la época anterior. En vista de su multifocalidad y de la poca extensión de sus componentes puede suponerse un bajo índice de cohesión. Es, sin embargo, en esta época en la que se produce una extensión en un punto importante. Posiblemente a consecuencia de la desaparición de la dependencia de Teotihuacan, algunos sitios menores, de frontera, en el centro de la Península de Yucatán, aumentan su ámbito, actúan como focos regionales y, por consiguiente, crecen. La zona que ellos controlan deja de ser marginal al sistema y se convierte en periférica a un foco, requiriendo su expansión para dar un hinterland capaz de mantener al nuevo núcleo. Es probablemente a través de ese proceso como se agregan a la superárea las zonas que permanecían fuera, en el extremo norte de la Península que, desde esa época, se integran dentro de ella. Otro posible punto de expansión, o cuando menos de mantenimiento del tamaño



de la zona de control, puede ser la región de Tula, quizá por causa de un fenómeno parecido y por la llegada de cerámicas Rojo sobre Bayo de zonas al norte y occidente (mapa 4).



4

Para el Postclásico Temprano la red ha sido reestablecida, aunque con un tamaño diferente, quizá más pequeño, que el del Clásico. Un punto de posible retracción sería la frontera sur, donde el límite no es ecológico y parece depender más bien de condiciones económicas y políticas de orden regional. Los elementos que caracterizan el sistema comprenden obviamente al *Plumbate Tohil*, Naranja Fino Silho, Cholulas y Mixtecos policromos tempranos, Mazapa, Blanco Levantado, Negro sobre Naranja, Culhuacán, la distribución plena de los elementos que caracterizan a Gualupita III, el Polícromo Totonaca y el Plomizo Pánuco IV, entre otros, como el metal de Occidente que acusa además la expansión del cambio tecnológico que caracteriza la fase. Parece ser una época de plurifocalización jerarquizada, con centros regionales subordinados a otros, más generales, pero que no llegan a ser pan-mesoamericanos. La frontera sur parece quedar bien marcada y el coeficiente de cohesión, mayor que en la época anterior va en ascenso (mapa 5).

El Postclásico Tardío, hasta el contacto, representa no solo la bifocalización de la red, por la distribución principalmente de los materiales michoacanos, el Negro sobre Naranja Tenoch-



5

titlan y el Cholula Polícromo, sino también la marginación, desde el momento en que deja de hacerse el Naranja Fino Bacalar, de una porción considerable de la península de Yucatán que posiblemente haya dejado de ser parte del sistema. La cohesión no parece ser mayor que en la anterior y su corte brusco, por la conquista europea, tiene el efecto de introducir varios elementos de cambio tecnológico como el hierro y la finalización de la revolución agrícola, por la adaptación del uso de animales domesticados y la importación de cultígenos que representan, a partir de ese momento, una parte considerable del esfuerzo rural y la dieta mesoamericanos (mapa 6).

A la caracterización puramente arqueológica hecha en páginas anteriores, hay que agregar, esta vez como elemento de confirmación y prueba, los otros, usados en distintos modelos. Una vez probada la existencia tangible de la superárea por los elementos de cultura material recobrables y de procedencia conocida extraregional, se puede proceder a suponer el viaje, con ellos, de ideas, formas de gobierno, etc. que quedaron plasmados en conceptos tales como estilo, calculable como un coeficiente de parecido taxonómico de alto nivel pero sin llegar a la identidad total, así como los que han quedado registrados en fuentes históricas y que, como tales, son sospechosos de subjetividad. Es a este nivel en el que dichos datos, de la historia del arte, de la etnohistoria y de la etnografía antigua, pueden

ser útiles puesto que son capaces de aclarar puntos y modificar detalles sin hacer demasiado daño a la verificabilidad de los resultados. En ese sentido cabe por ejemplo, que se altere la magnitud geográfica del modelo por la inclusión de elementos como estilos de figurillas copiadas localmente; los datos sobre mutilación dentaria o deformación craneana en toda la secuencia; introducir el problema de lo olmecoide y tlaltilcoide, para el preclásico; la distribución de formas teotihuacanas en cerámicas locales, del estilo escultórico en piedra y estuco, las características arquitectónicas como talud-tablero, las columnatas y los patios hundidos, para el clásico; los parecidos entre Tula y Chichen y las tradiciones referidas a legendarios reyes toltecas, para el postclásico temprano; la relación, históricamente descrita, de la estatización de los tarascos y los tenochcas, para el tardío; así como los detalles sobre aspectos de la cultura no material que dan las relaciones de los cronistas del siglo XVI. Estos elementos, no primariamente obtenidos en forma aceptable por la metodología arqueológica, que no tienen el grado de seguridad que resulta de buenos exámenes de laboratorio, que no se presentan en cantidad suficiente o con una distribución tal que puedan ser manejados estadísticamente y que pertenecen al dominio de disciplinas que, por cercanas que sean, no son parte de la arqueología y cuyos especialistas los manejan mucho mejor que los arqueólogos, no deben entrar en la consideración hasta terminar la primera versión del mo-



delo. A ellos hay que agregar los que, aún siendo intrínsecamente arqueológicos, presentan fallas en su procedencia, cronología o técnica de obtención y de los que, desgraciadamente, no se puede a veces prescindir. Todos estos deben considerarse como modificaciones y no como partes estructurales del producto.

El modelo así logrado presenta a la superárea desde su génesis, no sólo en una descripción sino en forma de ser analizado en sus elementos componentes y ser estudiado como un proceso que, a su vez, tiene factores que son apuntados. También es capaz de proyectar la definición hasta el presente. Al agregar los modificadores no arqueológicos y, con ellos, los rasgos de cultura no material, la definición original no referida ya solamente a artefactos examinables, es recuperada.

Futuros trabajos y datos hoy no existentes pueden modificar el concepto de la forma y tamaño físicos de Mesoamérica y aún extenderla en el tiempo, en cualquier dirección, sin alterar la definición.

S U M M A R Y

The paper deals with models, as drawn up by several authors, on the problem of defining Mesoamerica. The schemes they proposed are discussed and an alternate solution is given. It defines the area as a spacial system of normal-exchange whose components can be traced by the archeologically controlled finds of objects in regions other than the one where they were made. The definition is extended to encompass all the regions where products from other regions can be said to be a normal find. This extension defines the exchange system and the rank of its elements. Actual geographical boundaries would, in such a case vary from phase to phase according to the distribution pattern so defined. A tentative sequence is given, correlated with accepted periods in the sequence, and determining elements are stated. A comparison with the definition of the andean zone, defined as an area of co-tradition is also made; the Mesoamerican culture process is found to differ from the South American in several respects.

BIBLIOGRAFÍA

BENNETT, Wendell C.

- 1948 The Peruvian Co-tradition. *American Antiquity*, 13: 4, pt. 2; Society for American Archaeology, Washington.

CLARKE, David L.

- 1968 *Analytical Archaeology*; Methuen & Co., Londres.

FLANNERY, Kent V.

- 1968 Archaeological Systems Theory and Early Mesoamerica; en Betty J. Meggers (Ed.); *Anthropological Archaeology in the Americas*: 67-87. Anthropological Society of Washington, Washington.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto

- 1956 *Historia antigua de México*; Sociedad de Alumnos, Escuela Nacional de Antropología e Historia; México.

KIRCHHOFF, Paul

- 1967 *Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*. *Tlatoani*, Suplemento 3; Sociedad de Alumnos, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

KLUCKHOHN, Clyde

- 1973 The Conceptual Structure in Middle American Studies; en Clarence L. Hay *et al.* *The Maya and their Neighbors*; 41-51. Cooper Square, Nueva York.

KROEBER, Alfred L.

- 1963 *Natural and Cultural Areas in Native North America*, University of California, Berkeley.

LAPORTE, Jean Pierre

- 1974 Seriación de materiales cerámicos en el Preclásico del Altiplano; en Jaime Litvak King (Ed.): *Balance y perspectivas de la antropología de Mesoamérica y el Norte de México*. XIII Reunión de Mesa Redonda, Xalapa, 1973; Sociedad Mexicana de Antropología, México (en prensa).

LITVAK KING, Jaime

- 1970 Xochicalco en la caída del Clásico: una hipótesis. *Anales de Antropología*, VII: 131-144. Sección de Antropología, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- 1972 Sanders, William T. and Joseph Marino, *New World*

- Prehistory* (reseña). *Anales de Antropología*, IX: 317-320. Sección de Antropología, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- 1973 Los patrones de cambio de estadio en el Valle de Xochicalco. *Anales de Antropología*, X: 93-110. Sección de Antropología, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- 1974 Algunas observaciones acerca del Clásico de Xochicalco, México. *Anales de Antropología*, XI: 9-18. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
- MILLON, René
- 1966 Extensión y población de la ciudad de Teotihuacan en sus diferentes periodos: un cálculo provisional; en *Teotihuacan*, I: 57-58.—XI Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- 1974 *Urbanization at Teotihuacan*, en *The Teotihuacan Map*; University of Texas, Austin.
- PORTER WEAVER, Muriel
- 1972 *The Aztecs, Maya and their Predecessors* (Studies in Archaeology); Seminar Press, Nueva York.
- SANDERS, William T. y Joseph MARINO
- 1970 *New World Prehistory*, Archaeology of the American Indian. Foundations of Modern Anthropology. Prentice Hall, Englewood Cliffs.
- SANDERS, William H. y Barbara J. PRICE
- 1968 *Mesoamerica, the Evolution of a Civilization*; Studies in Anthropology AS 9; Random House, Nueva York.
- WILLEY, Gordon R.
- 1958 Archaeological Theories and Interpretations: New World; en Alfred L. Kroeber (Editor): *Anthropology Today, an Encyclopedic Inventory*; 361-385. University of Chicago, Chicago.
- 1960 New World Prehistory; *Science*, 131: 3393, pp. 73-83. American Association for the Advancement of Science, Washington.
- 1960 a Historical Patterns and Evolution in Native New World Cultures; en Sol Tax (Ed.): *Evolution After Darwin*, 2: 111-141. University of Chicago, Chicago.
- 1962 Mesoamérica; en Robert J. Braidwood y Gordon R. Willey (Eds.): *Courses Toward Urban Life*; Archaeological Considerations of some Cultural Alternates; VFA 32: 84-105. Viking Fund, Nueva York.